

La inspiración de un poeta filósofo. La lucidez de un filósofo poeta

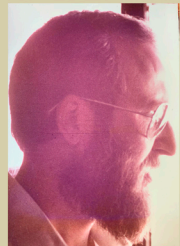
Nació en Málaga en 1945 con oficio ya, con el hábito entusiasta de la poesía y la costumbre lúcida de la filosofía. José Molero Cruz, Pepe para los amigos, era hombre de generosa vida y meditación profunda, estudió los años comunes de Filosofía y Letras en Sevilla y se especializó en Filosofía en la Universidad de Navarra en 1968. El mayo revolucionario francés lo deslumbra y París fue de las primeras ciudades en escuchar su primera voz. Hasta allí se fue, solo, con su máquina de escribir y sus ilusiones. Retornó para recibir el premio de poesía Ángaro en 1970 por su libro de poemas "Animal de recuerdos", segundo premio que recibía, pues el primero, el de "Poesía de Santafé" lo recogió en Huelva en 1964. Su primer destino como profesor fue en el Instituto de Enseñanza Media de Aracena en 1971, incorporándose a la facultad como profesor de Historia de la Filosofía en 1972. Años difíciles y convulsos lo acogieron en esta casa, fue Vicedecano de Ordenación Académica desde 1978 hasta 1981, y Secretario en funciones de la misma desde noviembre de 1981 hasta marzo de 1982, años poco amables políticamente hablando. Su poesía intimista y su rigurosidad filosófica se hermanaron en su inequívoca vocación intelectual y en su actividad ciudadana contra las injusticias de la sociedad de su época. Siempre fue generoso y estuvo atento a los primeros pasos de nuestra incipiente democracia, que tanto reflejo tenía en las aulas de la Facultad en aquellos tiempos, y siempre pendiente y (pre) ocupado por aquellos jóvenes idealistas y luchadores a los que daba clase y seguía desde la cercanía y el cuidado.

Yo lo conocí aquí en la Facultad en 1976, primero como compañero de Gloria Santos Gómez, mi profesora de Historia de la Filosofía en primer y segundo curso de Geografía e Historia, y después como Maestro, en los siguientes años en los que seguía sus cursos de Filología sin estar matriculado en ellos. Consciente de su grandeza filosófica, su moralidad y su sentido existencial que transmitía en cada una de sus palabras, lo elegí como tutor en el Departamento de Historia de la Filosofía. Más que un amigo, era un segundo padre para mí en los años de mi Tesina y Tesis, truncada por la terrible enfermedad que se lo llevó con 41 años. Todavía echo de menos su conversación lúcida, su socarronería inteligente y su plácida felicidad cada vez que me ganaba al ajedrez, juego con el que adormecíamos los rigores de sus últimos meses, esperando, como él mismo decía en Animal de recuerdos, a "morir y morir hecho esperanza...., pero despertar".

Su actividad filosófica, con un fondo poético, se concentró en dos temas obsesivos, el tiempo y la palabra. Al primero de estos temas le dedicó su tesis y su trabajo filosófico más maduro: Tiempo y temporalidad (1979). Un estudio que sustituye la idea clásica del doble tiempo, el cósmico y el personal, por el hallazgo de un único tiempo, objetivo y universal, inmanente a la propia conciencia reflexiva y posibilitado por la propia objetividad, subrayando que "lo privativamente humano, no es la constante y continua vuelta sobre contenidos temporales, sino la búsqueda de un sentido de temporalidad". El tiempo también llevó a Molero al tema de la Historia en dos de sus trabajos más influyentes: "La razón histórica en Ortega" (1981) y "Aristóteles, historiador de la filosofía" (1982). En el primero, la razón histórica orteguiana le sirve para enlazar el concepto de temporalidad de su trabajo anterior con el mundo de la vida, profundizando en la razón vital orteguiana como faro unificador de la perspectiva y la dialéctica vital y singular. Con Aristóteles realiza una hercúlea tarea de limpieza ante la praxis filosófica que lo reconoce a veces ingenuo o a veces malintencionado. Con neutralidad resignada revisa al "Filósofo" y lo sitúa honestamente entre dos paradigmas: el del filósofo historicista que cree en la verdad como sistema, y el filósofo más maduro, más escéptico y cuidadoso que mantiene el acceso a la verdad como tentativa y conjetura en un proceso infinitamente abierto.

Al otro gran tema, la palabra, Molero le dedicó dos trabajos admirables, uno dedicado a "Rilke y la función poética del decir" (1983) y otro dedicado a Platón, "¿Para qué la palabra? Una aproximación marginal a Platón". En el primero retorna el Molero poeta-filósofo que comenta con su "alter ego", y reflexiona sobre el sentido originario de la poesía como operador que instaura sentidos emocionales, no reflexivos. La poesía desvela el mundo desde el sentimiento, lo rescata desde la experiencia estética, una situación al límite del amor y la muerte. A Platón lo critica desde su negación a los poetas, como punto de origen de su proyecto político represivo. Le ajusta las cuentas por su falta de sensibilidad con la poesía, una práctica que juzgaba peligrosa para la ciudad, según Molero, esta crítica refleja la crítica a la autarquía de la poesía frente a la religión o la teología.

Dicen que en la amistad se cae lento, pero que una vez dentro uno se mantiene constante. No hubo tiempo para esa nietzscheana "ética de la amistad", de la que tanto le gustaba hablar a Molero; espero que al menos haya quedado la palabra sobria y austera para hablar de un genio íntimo y familiar: José Molero Cruz



José Molero Cruz



1971
2021

50 ANIVERSARIO
FACULTAD DE FILOSOFÍA
Y LETRAS DE CÓRDOBA



UNIVERSIDAD
DE
CÓRDOBA

50 ANIVERSARIO
PATRIMONIO
COLECTIVO

Ramón Román Alcalá

Junio 2021